

V SEMANA CULTURAL

18 al 16 de abril de 2013



CIRCUITO DE CUENTOS

TRABAJO ELABORADO POR LOS ALUMNOS Y ALUMNAS DE 1º Y 2º DE ESO

DIRECCIÓN: MAESTRA BRAULIA PALOMO



HANSELA Y GRETEL

Rocío Amaro, Patricia Blanco, Fco. Javier Ortega, M^a Carmen Ruíz y José A. Serrano



NARRADOR: Hansela y Gretel vivían en el bosque en una pequeña cabaña con su padre, que era un pobre leñador, y su perversa madrastra.

En la cabaña

PADRE: ¿Qué te ocurre?

MADRASTRA: Ahora que los niños están durmiendo, tengo que hablar contigo.

PADRE: ¿Sobre qué?

MADRASTRA: No tenemos suficiente comida para alimentar a los niños. Mañana por la mañana los llevaremos al interior del bosque y allí los dejaremos.

PADRE: ¡No voy a hacer eso con mis propios hijos! ¿Crees acaso que los voy a dejar allí donde puedan encontrarse en peligro?

MADRASTRA: Entonces moriremos los cuatro... de todas formas.

NARRADOR: Ella insistió tanto con esa idea que finalmente el leñador terminó aceptándola. Pero Hansela y Gretel no dormían; estaban escuchando toda la conversación.

HANSELA: No llores, hermanita. Tengo una idea para encontrar el camino de regreso.

NARRADOR: A la mañana siguiente, cuando ingresaron en el bosque, su madrastra le dio a cada uno un trozo de pan.

En la espesura del bosque

MADRASTRA: No coman este pan antes del almuerzo porque esto es todo lo que comerán en el día de hoy.

HANSELA / GRETEL: No lo haremos.

NARRADOR: Mientras caminaban, Hansela iba arrojando miguitas de pan para encontrar luego su camino de regreso a la cabaña. Y, cuando llegaron a la espesura del bosque su madrastra, les dijo:

MADRASTRA: Quédense aquí hasta que vengamos a buscarlos.

NARRADOR: Hansela y Gretel cumplieron lo que se les había indicado pero se hizo de noche.

HANSELA: Vamos Gretel, es hora de encontrar nuestro camino a casa.

GRETEL: Te ayudaré a encontrar las miguitas de pan.

HANSELA: ¡No encuentro ninguna!

GRETEL: ¡Lo imaginaba! ¡Las comieron los animales! ¿Qué haremos ahora?

HANSELA: Necesitamos encontrar un lugar seguro donde quedarnos.

GRETEL: ¡Mira! Más allá hay una cueva.

HANSELA: ¡Vamos!

NARRADOR: Permanecieron sin comer unos días en la cueva hasta que al final decidieron salir a buscar algo para comer. Así fue que se internaron más en el bosque hasta que, de pronto, observaron algo a lo lejos.

GRETEL: ¿Qué es eso por allí?

HANSELA: Parece una casa pequeña.

GRETEL: Acerquémonos a ver.

NARRADOR: Y así fue que se acercaron a la pequeña casa.

En la casa de la bruja

HANSELA: Esta casa es extraña. ¡Mira Gretel! ¡Está totalmente hecha de chocolate, galletitas y pan!

GRETEL: ¡Y es deliciosa!

HANSELA: ¡Jamás probé algo tan exquisito como esto en toda mi vida!

NARRADOR: Fue entonces que un brujo abrió la puerta.

BRUJO: ¿Cómo llegaron hasta aquí, niños?

HANSELA: Nos perdimos en el bosque.

BRUJO: ¡Oh, pobrecitos! Pasen, por favor.

GRETEL: No..., no creo que debamos.

HANSELA: No te preocupes, no nos hará daño.

BRUJO: Por supuesto que no. Soy un señor anciano, muy anciano.

HANSELA: Mira, Gretel. Él es como nuestro abuelo.

BRUJO: Incluso pueden quedarse aquí conmigo. Vivo solo en el bosque. Les prepararé comida; se ven tan delgados y débiles.

NARRADOR: Las hermanas se quedaron con el brujo pero Hansela sospechaba que había algo más.

GRETEL: ¿Qué ocurre?

HANSELA: ¿Por qué se interesa tanto por nosotras si ni siquiera nos conoce?

GRETEL: ¡Y nos da tanta comida!

HANSELA: Él quiere engordarnos...

GRETEL: ¡Para comernos!

GRETEL / HANSELA: ¡Oh, no!

NARRADOR: El brujo estaba escondido detrás de la puerta escuchando cada una de sus palabras.

BRUJO: ¡Tienen razón! ¡Métanse en el horno!

GRETEL / HANSELA: ¿En el horno? ... ¡Es demasiado pequeño!

BRUJO: Por supuesto que no, hasta yo entro en él... ¡miren!

NARRADOR: Entonces el brujo se metió en el horno y rápidamente ellas le cerraron la puerta, dejándolo encerrado allí adentro.

HANSELA: ¡¡Vamos!! ¡Huyamos!! ¡¡Huyamos!!

NARRADOR: Salieron corriendo de la casa con todas sus fuerzas. Caminaron durante dos días hasta llegar a su vieja cabaña.

En la cabaña

HANSELA: ¡Finalmente llegamos a casa!

NARRADOR: Golpearon la puerta y su padre la abrió.

PADRE: ¡Mis hijas queridas!

HANSELA / GRETEL (*abrazándose*): ¡¡¡Papá!!!

PADRE: Mi esposa murió y pasé todo el tiempo pensando en ustedes.

HANSELA: ¡Te extrañábamos!

GRETEL: Sufrimos mucho pero aprendimos a sobrevivir por nuestros propios medios.

PADRE: ¡Por favor, perdónenme!

HANSELA / GRETEL: Te amamos, ¡nada hay que perdonar!

EL PASTOR MENTIROSO

Rubén Fuentes, David García, Félix Ochoa y Álvaro Serrano



Érase una vez un pastorcillo que apacentaba sus ovejas en una montaña, cuando de pronto...

- ¡El lobo! ¡El lobo! ¡Corran, pronto!

La excitada voz llegaba de todo lo alto de la colina, donde pastaban cada día los corderos del pueblo. Los campesinos, que trabajaban en los campos, al oír la llamada, levantaron la cabeza y, puestas las manos en el mango de las layas, miraron en torno.

- ¡Socorro, el lobo! -gritó de nuevo la voz.

No había duda: el pastorcillo que cuidaba de las ovejas allá arriba, cerca de los bosques, estaba en peligro.

- ¡Pronto! -dijo el campesino más viejo-, corramos a ayudar al chico. Si es un lobo tenemos que matarlo.

- ¡Tomemos las horcas!

Y todos corrieron hacia el monte. Las ovejas eran la única riqueza del pueblo y sería un verdadero desastre que el lobo las despedazara. Llegaron sin aliento y rodearon el bosque para evitar que huyese la fiera.

- ¿Dónde está el lobo? -preguntaron al pastorcillo.

Pero éste, muy divertido, contestó:

- ¡Ja, ja! ¡Los he engañado! Era una broma y han caído ¡Ja, ja! Aquí no hay ningún lobo.

Ustedes podrán imaginar cuánto se enfurecieron los campesinos; pero se limitaron a regañar al chiquillo. Al día siguiente, mientras trabajaban, oyeron gritar:

- ¡Socorro, el lobo! ¡Socorro!

Era otra vez el pastorcillo. ¿Sería posible que se burlara de nuevo de ellos?

- ¿Será verdad? -preguntó uno de los campesinos.

- No -dijo otro-. Quiere hacernos correr otra vez para nada.

- Es posible. Pero, ¿y si fuese de verdad el lobo? Entonces los campesinos echaron a correr de nuevo en ayuda del pastorcillo; pero, al llegar al monte, vieron que se estaba riendo a carcajadas, burlándose otra vez de ellos.

Regresaron al valle más enfurecidos que nunca. Pero el pastorcillo, mientras se reía divertido, vio aparecer de pronto entre los matorrales el amenazador hocico de un lobo. Esta vez era un lobo de verdad. El chiquillo se puso a temblar de miedo.

- ¡Socorro! -grito asustadísimo-. ¡Socorro, el lobo!

Los campesinos lo oyeron, pero no hicieron caso y no se movieron siquiera. "El chico tiene todavía ganas de bromear", pensaron.

Así fue como el lobo hizo una carnicería entre las ovejas, mientras el pastorcillo embustero huía aterrizado.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Sergio Fernández, Miriam García, Lidia Martos, Lucía Serrano y Rocío Velasco



NARRADOR: Había una vez un príncipe que deseaba casarse. Pero, en aquella época, había muy pocas jóvenes que fueran verdaderas princesas. Muchas jóvenes deseaban casarse con él e iban a palacio fingiendo ser princesas, pero la reina era muy lista y descubrió el engaño. El pobre príncipe estaba muy triste y desesperado. Una noche de gran tormenta alguien llamó a la puerta de palacio (toc, toc).

Era una joven muy bella con la ropa empapada por la tormenta. Sus cabellos mojados hacían difícil adivinar si se trataba de una princesa o de una bella campesina.

PRINCESA (*dirigiéndose a la sirvienta*): Soy una princesa, señora. He salido de caza y me he perdido en el bosque.

SIRVIENTA (*dirigiéndose a la reina*): Señora, ha venido una pobre mujer empapada por la lluvia, ¿le hago pasar?

REINA: Espere, yo salgo, no vaya a ser que sea una desconocida y no quiero intrusos en mi casa.

SIRVIENTA: Sí señora, como usted desee. Está en la puerta.

NARRADOR: La reina fue a la puerta y..., descubrió que era una bella mujer para el príncipe, pero tendría que averiguar si la engañaba. Mientras el rey y el príncipe atendían a la joven para que se secara en la chimenea, la reina fue a la alcoba de invitados y puso un guisante sobre la cama, cubriéndolo con otro colchón y muchas almohadas.

A la mañana siguiente en el desayuno preguntó a la reina a su bella invitada...

REINA: ¿Habéis descansado bien, princesa?

PRINCESA: ¡No, ha sido horrible! En mi cama había un objeto tan duro y me duele todo el cuerpo.

REINA: Fui yo; te puse un guisante para comprobar si eres una verdadera princesa. Ya no tengo duda de que eres verdadera.

NARRADOR: La reina mandó llamar al príncipe para conocer a su enamorada.

REINA: ¡¡¡Sirvienta!!! Ve y llama al señor para que conozca a su futura esposa.

PRÍNCIPE: Jamás he visto a una doncella tan hermosa. Gracias madre

PRÍNCIPE (*dirigiéndose a la princesa*): ¿Te quieres casar conmigo?

NARRADOR: Y la princesa le contestó...

PRINCESA: Por supuesto que sí.

NARRADOR: Fue una gran boda. Los príncipes estaban radiantes de felicidad y....

COLORÍN, COLORADO, ESTE CUENTO SE HA ACABADO

EL CHINO, EL GITANO Y LA SORDA

Noelía Martos, Mario Ochoa y Fernando Rufián



El cuento está escrito tal y como lo hablan los personajes

CHINO: ¿Esto es un *lio*? Será *lio*. Bueno *lio* de agua.

CHINO: Hola, hola, hola niños y niñas. Hola *plofesoles*, hola *plofesolas*, hola a todos.

Hola, yo me *plesento*, me *plesento* yo, chino chino *mandalino*, de la *nalanja mandalina* de la que se *pela*, que se come *ñam ñam ñam*. *Aola* me voy, *aola* ya.

GITANO: ¡*Ozú*, que tío! ¡Que tío! *Ma encontrao* con un chino, ¡*ozú* que tío más chino! ¿*Aunde* estará? ¿*aunde* se ha ido? *Pa acá, pa arriba, pa abajo*, por aquí, por allí... Anda ya, y que lo zurzan... (*Se va*).

ROGELIA: Siento *un ruío, un ruío, un ruío*. Es que no oigo *na de na, de na*, a ver si oigo. ¿Cómo están los niños? No oigo *ná*. ¿Cómo están los niños? No oigo *ná...*; sí oigo. ¿Cómo están los niños? Sí que se oye ahora.

CHINO: *Peldòn, peldòn* no *glites* tanto que se van a asustar los *pelos*.

ROGELIA: ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué hablas? No oigo *ná, tui zorda*.

CHINO: Los *pelos* del *coral*, los que hacen *guau, guau*.

ROGELIA: ¿Cómo? No oigo..., aprieta.

CHINO: Los *pelos* del *coral* que se *asutan* que no grites tanto los *pelos* que tiene *labo* y *ladlan* *gua* *gua*.

ROGELIA: Aquí no se oye *na*, vaya que no oigo.

CHINO: A *vel pelo*, no *pelo* que tiene *labo* y hace *guau guau*. *Pelo, pelo* yo me *letilo*.

GITANO: ¡*Ozú*, que lío! ¡*Ozú*, que lío! Madre, de verdad que sí con el *pelo*. El perro del corral..., parece que no saben hablar... Na más que con la *ele, ele i, ele a, ele o, ele, ele...*

CHINO: *Peldone señor güitano, no se enlabie, lecapacite, lecapacite.*

GITANO: ¡*Mia* este! ¿No ves tú? ¡*Güitano, güitano*, dice! ¿No ves? ¡Tú si que eres un chino *mandalitano* como tú hablas!

ROGELIA: ¿Cómo? Como, como, como.

GITANO: *Ozú* con la zorda, siempre comiendo, ¡*killo*!

ROGELIA: ¿Cómo? ¿Cómo? No escucho, ¿cómo?

CHINO: ¡*A comel!* Todos a *comel aloz*.

GITANO: *Ozú*, que me largo de aquí. Esta gente no sabe ni hablar bien.

CHINO: *Espele señol güitano*, que yo también me voy rápidamente (*se va*).

GITANO: *Cunmigo* no te vengas, *killo*.

ROGELIA: ¿Cómo? No oigo. ¿Se han ido? ¿Cómo? ¿Se han venido? ¿Cómo? No se oye *na de na*, más despacio, que no se oye. ¿Se han ido?

GITANO: ¡*Callarsus* ya, niños y niñas! ¡*Callarsus* ya, hombre! A ver si la sorda ésta se da cuenta de que estoy aquí.

¡Hola sorda! Todos a las una, a las dos y a las tres.

¡Hola sorda! ¡Hola! Otra vez ¡Hola sorda!

ROGELIA: ¿Cómo? No se oye. ¿Cómo? No se oye.

GITANO: ¿Cuál es tu nombre? Nombre, ¡tu N-O-M-B-R-E!, ¿te has *enterao*?

ROGELIA: Yo no soy un hombre.

GITANO: ¡*Ozú*, nene! ¡Cómo está la sorda, señores! ¿*Comu* vas a ser un hombre, si eres una mujer. ¿¡Que cuál es tu nombre!?! Nombre.

ROGELIA: Que no que yo no soy un hombre.

GITANO: *Ozú* nene, con ésta sorda. Tú estás *mu* sorda *killo*.

ROGELIA: Yo no soy gorda, gorda, gorda...

CHINO: ¡Hola! Niños y niñas. Hola a todos. Hola *solda*, hola *güitano*. Yo chino *mandalino*, el que se *lie de lisa* con tu *plimo*, con tu *plimo Lamón* el que es *lubio*.

GITANO: ¡*Ozú killo*! Ya está aquí otra vez el chino con el güitano a todas horas en la boca.

ROGELIA: ¿Cómo?

GITANO: ¡Ozú *killo* con la sorda! Ya está otra vez comiendo. ¡Qué sorda! ¡Está sorda como una tapia!

CHINO: ¿Cómo llamar tú de nombre *güitano*?

GITANO: ¡Pero mira éste, *killo*! Me llamo gitano, y mira como bailo (*palmas y baila*).

ROGELIA: Yo no hago palmas. En mi pueblo soy la más lista. Me llaman las listeras.

CHINO: ¿Tú te llamas entonces *listelas*? ¿Logelia Listel?

GITANO: *Killo*, chino deja ya a la sorda. ¿*Un ves que nu oye?*

ROGELIA: Que el listeras no oye pero la sorda sí oye.

GITANO: Pero *killo*, mira ésta: *nus* ha *engañao*. Que dice que ahora oye, ¿ino ves tú!? *Killo*, la sorda, cómo, cómo, y ahora dice que oye. Ésta, lo que está es *enmallá*.

ROGELIA: ¡Que no estoy *agachá*, que estoy de pie!

GITANO: ¡Basta ya! ¿No *killo*? Entre el chino, la sorda, la sorda y el chino...

ROGELIA: ¡Que ya te he dicho que yo no *toy* gorda! ¡Gorda, gorda!

GITANO: *Killo*, a ver, ¡que yo no te he dicho gorda! Te he dicho sorda.

ROGELIA: Que yo no quiero queso *pa* ponerme gorda.

CHINO: *Pol paval*, calma, calma, calma.

ROGELIA: Que yo no me voy a la cama, que no tengo sueño.

GITANO: Que ha dicho calma no cama. Chiquillo, cómo está la sorda.

ROGELIA: ¿Cómo?

CHINO: Adivina, adivinanza... “¿*Qué tengo en medio de la pansa?*” Uno, dos y tres: el ombligo.

Otla adivinanza. “¿*Cómo es una lata de lata no lata, que tiene latones y tiene un labo y muelde es lata de lata?*”

GITANO: Otras dos *adivinsas*. Atención, esta es fácil: “*Hilo es, hilo es, hilo es y sirve para coser, ¿qué es?*” “*Uno, dos y tres, blanco es y la gallina lo pone, ¿qué es?*”

CHINO: Aquí acabamos un lío, que no es un lío de agua, que no es un lío de *lisa*, ja, ja, ja.

GITANO: Lo *vemos* pasado *mu* bien, nos *vemos divertio* mucho y *nos vemos* reído mucho.

ROGELIA: Como comiendo no oigo, oígo lo que como.

TODOS: Y colorín colorado este lío se ha acabado.

EL GATO CON LOS PIES DE TRAPO

Coraima Castillo, Noelia Martos Maricarmen Ochoa y Ángela Serrano



NARRADORA: Érase una vez un gato llamado Marramiaiu que llevaba ya una temporada sin coger ni un ratón y su amo Don Melitón le había prometido partirle siete costillas si en una semana no le traía dos o tres. Tenía Don Melitón una bodega de vino y cada dos por tres aparecía un ratón nadando en un tonel.

DON MELITÓN: A este gato yo lo mato como pronto no me traiga a ese bebedor.

NARRADORA: El gato se escondía al momento por no oír a su amo contarle el cuento.

DON MELITÓN: Esto era un gato que tenía los pies de trapo y la cabeza al revés ¿quieres que te lo cuente otra vez?

GATO: No señor amo. Que me he enterado muy bien. Mañana por fin le traigo a ese borrachín.

NARRADORA: Y se puso el gato al acecho hasta que el ratón sacó el hociquito por fuera. Viendo que más no sacaba, el gato le dijo...

GATO: Hola ratoncito, ¿cómo te llamas?

NARRADORA: El ratón se asustó y para adentro se metió.

GATO: Anda hombre, no tengas miedo, que sólo quiero jugar contigo. De veras te digo que no te haré mal y como estoy aburrido a la pelota quiero jugar.

NARRADORA: El ratón, que además de borrachín era muy juguetón, salió y contestó...

RATÓN: ¿Y qué señales me das de que de ti me puedo fiar?

GATO: ¿Qué más señales quieres que el cuento que me cuenta mi amo?

RATÓN: ¿Y ese qué cuento es?

GATO: Esto era un gato que tenía los pies de trapo y la cabeza al revés. ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

RATÓN: No, que ya me lo sé. ¿Y por qué te dice tu amo que tienes los pies de trapo?

GATO: ¿Por qué va a ser? Porque no tengo uñas y no puedo cazar ratones. ¿Lo ves?

NARRADOR: El gato le enseñó sus dos pies que parecían de trapo. Pero, claro, resulta que los gatos siempre llevan las uñas guardadas. Así que el ratón se lo creyó y de su escondite salió.

Marramiau un salto pegó y con sus dos patas al ratón pisó. Se lo fue pasando de una pata a otra.

RATÓN: ¿No dijiste que íbamos a jugar a la pelota?

GATO: ¿Y qué es lo que estoy haciendo?

NARRADORA: El ratón se hizo un ovillo. Así, cuando el gato lo fue empujando, salió rodando al pasar por delante de la ratonera. Salió a correr y en su cueva se metió.

GATO: ¿Qué haces ratoncito? ¿No estábamos jugando? ¿Has visto a caso mis uñas o mis colmillos?

RATÓN: No, pero no me gusta hacer de pelota.

GATO: Está bien, si tú quieres, jugamos a otra cosa.

RATÓN: ¿A qué?

GATO: Tú sal, y lo verás.

NARRADORA: El ratón asomó sólo la cabecita, el gato sacó las uñas y le pegó un arañazo. El ratón se apartó y sólo le dio de refilón.

RATÓN: Con que solamente querías jugar, *so tuno*.

GATO: ¿Y quién te manda a fiarte de un gatuno?

NARRADORA: Viendo que no lo cogía, el gato se apostó en un tonel de vino. A los pocos minutos de mirar, apareció el ratoncito sin poder resistir más.

Aquel aroma tan rico del vinillo lo volvía turulato y, cuando más a gusto bebía, llegó el gato por detrás, el ratón perdió el tino y se cayó en el vino.

Cuanto más nadaba, más se empapaba y más le gustaba al pícaro ratón. El gato estaba lleno de mala intención y no dejaba acercarse al pobrecito ratón. Éste, al fin, estaba tan cansado que se dio por vencido.

RATÓN: Anda Marramiau, te dejo que me comas, que no quiero morirme ahogado.

NARRADORA: Dejó de nadar y entonces al gato con su misma boca lo agarró y lo sacó del tonel.

RATÓN: Un momento, amigo gato, no te puedes imaginar lo malo que está un ratón empapado en vino. ¿Por qué no esperas a que me seque?

NARRADORA: El gato se lo creyó y en el suelo lo soltó. El ratón, al grito de "*¡Ratón: pies para que os quiero!*", echó a correr hasta meterse en su agujero

GATO: No vale, no vale, no has cumplido lo pactado

RATÓN: ¿Y quién te manda fiarte de un borracho consumado?

Y COLORÍN COLORADO, ESTE TRAMPOSO CUENTO SE HA ACABADO

LA CABRITA MENTIROSA

Remedios Arroyo, Mario Ochoa, María Ordóñez, Fernando Rufián y Francisco Vico



(Entra el padre, que lleva el típico cucurucho de mago en la cabeza)

MADRE: Regordito, Largucho, ¿dónde estáis? Estos hijos míos siempre dormitando... Como tienen un padre mago, ¡hala, a la bartola! ¡Regordito, Largucho!

(Oímos las voces de los hijos)

HIJOS: ¡Ya va papá! ¡Ya va papá!

(Entran apresuradamente, tropiezan entre ellos, se lían y se caen)

REGORDITO: ¡Quítate!

LARGUCHO: ¡Quítate tú!

MADRE: ¡Silencio! Hijos, he tomado una decisión, ¡vivir de la magia no es serio!

HIJOS: ¡Pero papá!

REGORDITO: ¿Qué dirá el mago Merlín?

LARGUCHO: Eso, ¿qué dirá, qué dirá?

MADRE: No os preocupéis por eso, ya he hablado con él. Nos ganaremos la vida trabajando.

REGORDITO: ¿Trabajando?

MADRE: Trabajando, Regordito.

LARGUCHO: ¿Trabalando?

MADRE: Trabajando, Largucho.

HIJOS: ¿Y eso cómo se hace?

MADRE: Convertiré mi gorrito de mago en una cabra.

HIJOS: Pero papá, ¿tú has dormido bien?

MADRE: La cabra nos dará leche y haremos queso, natillas y muchas cosas más. Regordito, cógeme el gorrito.

(Regordito se lo coge de la cabeza al padre y se queda con él entre las manos. El gorro le tapa la cara y no puede ver nada)

REGORDITO: ¡Ponlo ahí!

MADRE: ¿Dónde?

REGORDITO.- ¡Ahí!

MADRE: ¡Ahí! ¡¡Ahí!!!

(Se asoma por un lado y lo coloca)

LARGUCHO: ¡Abracadabra, pata de cabra! No, no, no, no, éste no es.

MADRE: ¿No queremos una cabra?

HIJOS: ¡Silencio! ¡Hierba comerás, leche nos darás, la tela romperás y una cabra serás! Ahora todos: ¡Rantamplán!

MADRE: ¡Oh!

TODOS: “¡Oh, no! ¡Rantamplán! Una, dos y tres: ¡Rantamplán!

(El gorrito empieza a temblar y sacudirse cada vez más fuerte hasta que desaparece y aparece convertido en una simpática cabrita blanca)

CABRA: ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: ¡Uy, qué bonita es!

LARGUCHO: La llamaremos Negrita.

MADRE: Pero hijo, si la cabra es blanca.

LARGUCHO: ¿Y qué tiene que ver?

REGORDITO: ¡Hola Negrita!

NEGRITA: ¡Beeee!

MADRE: Bueno, es igual. Negrita, ¿estás contenta?

NEGRITA: Yo sí, pero qué hambre tengo. ¡Beeee, beeee!

PADRE: Normal, estás recién hecha. Hijos, atentos: tenemos que cuidar bien a Negrita para que nos dé sustento.

REGORDITO: Yo prefiero leche, papá.

LARGUCHO: Yo natillas.

MADRE: ¡Ay! La llevaremos al campo para que coma hierba y beba agua fresca.

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

MADRE: Mañana os iréis los dos con ella al campo. Así, lo que no sepa el uno, lo sabrá el otro..., o ninguno, ya veremos.

HIJOS: ¡Vale!

MADRE: Ahora todos a dormir.

(Mientras se van)

LARGUCHO: A ver si la cuidas bien.

REGORDITO: A ver tú.

LARGUCHO: No te duermas.

REGORDITO: Ni tú.

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

(Salen todos)

(Comienza el nuevo día, oímos el canto de un gallo)

GALLO: Quiquiriquí, amanece por aquí; quiquiriquí, yo me río así: ¡ji, jirijí; ji, jirijí!

(Oímos las voces de Regordito y Negrita)

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: ¡Voy, voy, voy!

(Al rato)

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: ¡Ya estoy sentadito!

(Entran. Negrita va tirando de la ropa de Regordito que está medio dormido)

REGORDITO: ¡Si no he desayunado! Voy a tener que comer hierba yo también.

NEGRITA (Protesta): ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: ¡Vamos, vamos!

(Comienzan a caminar. Van cruzando la escena)

REGORDITO: Largucho, ¿dónde estás?

LARGUCHO *(entra de repente; hablan mientras caminan)*: ¡Te has dormido!

REGORDITO: ¡Tú te has dormido más!

LARGUCHO: Yo estaba preparando la comida.

REGORDITO: ¿Qué comida? ¿Dónde está?

LARGUCHO *(se mira, no lleva nada)*: ¡Ahí va, que lo he soñado!

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: ¡Ya vamos, Negrita!

LARGUCHO: ¡Negrita, ya vamos!

(Han cruzado la escena y salen)

(Aparece en escena una larga ristra de hierba. Entran los personajes)

REGORDITO: ¡Mira Negrita!

NEGRITA: ¡Beeee, cuánta hierba!

LARGUCHO: Toda para ti, come, come.

(Van avanzando a medida que la cabra se come la ristra de hierba. De repente, aparece un melocotón. Se paran)

REGORDITO: ¡Un melocotón! ¡Me lo como yo!

LARGUCHO: ¡No, me lo como yo!

REGORDITO: ¡Me lo como yo!

LARGUCHO: ¡Me lo como yo!

(Se lo come Negrita)

NEGRITA: ¡Beeee, beeee! ¡Qué bueno todo!

(Siguen su avance)

REGORDITO: Tendrás que beber agua.

LARGUCHO: Te vas a atragantar.

(Dicho esto aparece una fuente. Se paran sorprendidos)

AMBOS: ¡Ahí va!

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

REGORDITO: Esto parece cosa de magia.

LARGUCHO: Bebe Negrita, bebe.

NEGRITA: ¡Qué fresquita, beeee!

REGORDITO: Vamos para casa, que se hace de noche.

LARGUCHO: ¡Qué hambre que tengo!

REGORDITO: Yo tengo más.

(Salen y entra el padre)

MADRE: Ya es tarde, mis hijos tienen que estar al caer.

(Entra Negrita y a continuación los hijos; tropiezan con ella y caen)

NEGRITA: ¡Beeee!

REGORDITO: ¡Culpa tuya!

LARGUCHO: ¡Tuya más!

MADRE: ¡Silencio! Cabrita Negrita, ¿has comido bien? Leche nos darás, que muy bien sabrá.

NEGRITA: Leche no tengo, porque nada comí. Lo único que puedo hacer, es irme a dormir.

(Y con las mismas, se va)

HIJOS: ¡Es mentira papá!

MADRE: ¿Mentira? ¡A la cama sin cenar! No habéis hecho vuestro trabajo.

HIJOS: ¡Pero papá!

MADRE: ¡A la cama! Mañana cuidaré yo a Negrita.

REGORDITO: Tiene gracia, aquí la única que come es la cabra.

LARGUCHO: Gracia no tiene ninguna.

(El padre les ve irse, se desespera y sale por el otro lado)

(Amanece un nuevo día, se oye un gallo)

GALLO: Quiquiriquí, amanece por aquí, quiquiriquí, yo me río así: iji, ji, ji, ji!

(Una ristra de hierba llena la escena. Entran el padre y Negrita)

MADRE: Hoy sí que vas a comer bien, Negrita.

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

(Negrita salta y bala emocionada, y come a toda velocidad. De esta manera, cruzan la escena y salen)

(Otra ristra de hierba aparece, vuelven a entrar y avanzan en sentido contrario al de antes)

MADRE: Pues sí que tienes hambre, sí. Habrá que buscar agua.

(Aparece una fuente, el padre mira a todos lados buscando su origen. Negrita bebe y bebe)

MADRE: ¡Cáspita!

(Unas nubes oscuras se les acercan y comienza a llover)

MADRE: Cabrita, a casita que llueve.

(De camino a casa, Negrita devora lo que queda de hierba. Salen)

(Entran, ya han llegado a casa)

MADRE: ¡Ya estamos aquí!

(Entran los hijos)

HIJOS: Hola papá.

MADRE: Hola hijos. Hoy sí que has comido bien, ¿eh Negrita?

NEGRITA: Leche no tengo, porque nada comí. Lo único que puedo hacer, es irme a dormir.

MADRE: ¿Pero qué dices?

HIJOS: Ya te lo dijimos.

MADRE: ¡Esta cabrita es una mentirosa!

HIJOS: Ya te lo dijimos.

NEGRITA: ¡Beeee!

HIJOS: Ya te lo dijimos.

MADRE: ¡Silencio! Negrita, ¿por qué dices que no has comido?

NEGRITA: Mañana quiero comer también, porque hambre vuelvo a tener.

MADRE: Te daremos comida todos los días, hoy...

REGORDITO: ...mañana...

LARGUCHO: ...y pasado también.

TODOS: ¡Bieeeee!

NEGRITA: ¡Beeee!

MADRE: Negrita, hay que decir la verdad.

NEGRITA: ¿Verdad y mentira qué son? Nadie me lo enseñó.

MADRE: ¡Cáspita!

HIJOS: ¡Ahí va!

NEGRITA: ¡Beeee!

MADRE: ¡Qué brutos hemos sido!

HIJOS: ¡Oh, papá!

MADRE: La cabrita está recién hecha y no sabe nada.

REGORDITO: Estamos muy ocupados.

LARGUCHO: Hay que enseñar a la cabrita.

MADRE: ¡Atenta Negrita! ¡Hijos, vamos allá! Lección primera: un, dos, tres y...

HIJOS: Dos por una es dos.

MADRE: Verdad y mentira que son.

HIJOS: Dos por dos cuatro.

MADRE: Te lo cuento en un rato.

HIJOS: Dos por tres seis.

MADRE: Cuidado con lo que hacéis.

HIJOS: Dos por cuatro ocho.

MADRE: Te lo explico con un bizcocho.

NEGRITA: ¡Beeee, beeee!

(Salen de escena mientras cantan esta cantinela)

(Oímos la voz de un hombre, desconocido hasta ahora)

HOMBRE: Blanquita, no te quedes atrás. Vamos Azulona. ¡Rojita, te estoy viendo!

(Entran tres cabritas, cada una del color correspondiente, seguidas por un hombre vestido de mago y ejerciendo de pastor)

HOMBRE: Vamos, vamos, no os paréis.

(Ve que el público le mira asombrado y se dirige a la concurrencia)

Sí, sí, estáis viendo bien, sí. Soy el mago Merlín, qué queréis que os diga. No están los tiempos para trucos; hay que hacer de todo.

(Se dirige a sus cabras)

Pequeñas, por hoy ya hemos terminado, ¡a casita!

(Los cuatro hacen una piña en el centro)

HOMBRE: ¡¡Ashazaflam!!

CABRITAS: ¡Beeee!

(Desaparecen todos)

LA NIÑA Y EL ZURRÓN

Natalia Alarcón, María Librada Martos, Laura Ruíz y Marícarmen Serrano



NARRADOR: Érase una vez una niña muy guapa a la que todas las tardes, todas las tardes, su madre mandaba a la fuente a por un botijo de agua. Un día, por su santo, le regalaron unos zapatos de charol.

NIÑA: ¡Uy, qué zapatos tan lindos! ¡Y qué bien me están! ¿Puedo ponérmelos para ir a la fuente?

MADRE: Sí, pero ten mucho cuidado, no te los vayas a estropear.

NARRADOR: La niña cogió su botijo y salió la mar de contenta.

NIÑA: ¡Uy! Hay mucho fango alrededor de la fuente, me quitaré los zapatos y los pondré encima de una piedra. Cuando termine de llenar el botijo, los cogeré.

NARRADOR: Se volvió a su casa y no se acordó de los zapatos. Nada más llegar, le preguntó su madre:

MADRE: ¿Y los zapatitos?

NIÑA: ¡Uy, es verdad! ¡Me los he dejado en la fuente!

NARRADOR: Salió corriendo, corriendo, pero cuando llegó, los zapatitos no estaban por ninguna parte. Se puso a buscar, venga a buscar, pero nada.

NIÑA: Parece que se los ha tragado la tierra...

NARRADOR: La niña se puso a llorar.

VIEJA: ¿Por qué lloras, niña guapa?

NIÑA: Es que he perdido mis zapatitos nuevos.

VIEJA: ¿Y dónde los dejaste?

NIÑA: Aquí, encima de esta piedra.

VIEJA: ¡Ah, bueno, conque son tuyos! Hace un momento, cuando los vi, me dije: *“Estos zapatitos tienen que ser de la niña más buena y más guapa de este pueblo”*. Y los guardé en mi zurrón.

NIÑA: ¿Me los va usted a dar?

VIEJA: ¡Cómo no, hijita! Tú misma puedes cogerlos. No tienes más que abrir el zurrón y meter tus lindas manitas.

NARRADOR: La niña se acercó con mucho miedo y, cuando ya tenía abierto el zurrón, la vieja la empujó y la metió dentro. Luego se echó el zurrón al hombro y, sin que nadie la viera, cogió un camino y salió del pueblo. La niña, pobrecita, iba sollozando.

La vieja entonces la amenazó.

VIEJA: Si sigues llorando, te voy a dar una paliza con la palanca. En vez de llorar, tienes que cantar cuando yo te diga: *“¡Canta, zurroncito, canta, que si no te doy con la palanca!”* Y, si me obedeces y eres buena, algún día te soltaré.

NARRADOR: La vagabunda llegó a otro pueblo y se puso en mitad de la plaza.

VIEJA: ¡Vengan, tengo un zurrón encantado!

NARRADOR: Cuando acudió la gente, dijo:

VIEJA: ¡Canta, zurroncito, canta, que si no te doy con la palanca!

NIÑA: En un zurrón voy metida, en un zurrón moriré. Por culpa de unos zapatos, que en la fuente me dejé.

NARRADOR: La gente se creía que de verdad era el zurrón el que cantaba, y echaban dinero. Y así el vagabundo fue, de pueblo en pueblo, ganándose la vida. En todas partes hacía lo mismo. Soltaba su carga en medio de la plaza y decía:

VIEJA: Traigo un zurrón encantado. ¡Canta zurroncito, canta, que si no te doy con la palanca!

NIÑA: En un zurrón voy metida, en un zurrón moriré, por culpa de unos zapatos que en la fuente me dejé.

NARRADOR: Y mientras cantaba, la vagabunda pasaba su gorra entre el público. Luego se echaba el zurrón al hombro y comenzaba a andar, andar y andar, hasta que llegaba a otro sitio.

VIEJA: ¡Huy! Ya ni me acuerdo donde te cogí. Bueno, da igual, así vendrás conmigo.

NARRADOR: Sin darse cuenta, llegó adonde vivían sus padres y se puso a pregonar, como en todas partes. Pero como en el pueblo sabían que aquella niña había desaparecido y conocían su voz, en cuanto la oyeron cantar...

NIÑA: En un zurrón voy metida, en un zurrón moriré, por culpa de unos zapatos que en la fuente me dejé.

MADRE: Hay que ver, si parece la voz de mi hijita...

NARRADOR: Y otras gentes que estaba allí también pensaron lo mismo.

MADRE: No dejéis que la vieja se vaya. Entretenedla como sea.

NARRADOR: Entonces los vecinos le pidieron a la vieja que hiciera cantar al zurrón una y otra vez. Ellos le echaban mucho dinero. Y la vieja, contentísima, decía:

VIEJA: ¡Canta, zurroncito, canta, que si no te doy con la palanca!

NIÑA: En un zurrón voy metida, en un zurrón moriré por culpa de unos zapatos que en la fuente me dejé.

MADRE: Buena mujer, mire usted, que mi marido no está en casa, pero tiene muchas ganas de escuchar el zurrón encantado. ¿Por qué no se viene usted a mi casa a esperarlo? Ande usted, que la veo muy cansada. Allí le doy de comer y luego se echa una siestecita.

NARRADOR: Los vecinos le animaron también, hasta que la vieja consintió, creyéndose un personaje importante. Pero lo que hizo la madre fue, después de una buena comilona, darle una taza de adormidera y la vieja se quedó como un tronco. Entonces aprovecharon para abrir el zurrón y sacar a la niña, que estaba muertecita de pena, de hambre y de frío.

MADRE: ¡Ay, hija mía! Te ducharé y arreglaré. Luego ponte al lado del fuego muy calentita.

HIJA: Vale mamá (*le da un beso*).

NARRADOR: Mientras, todos los vecinos buscaron por el pueblo los bichos más malos que había en la ciudad: perros rabiosos, culebras, alacranes, ratas, avispas... y los fueron metiendo en el zurrón. Cuando la vieja se despertó, se lo echó al hombro y salió andando. Al llegar a otro pueblo dijo:

VIEJA: ¡Canta, zurroncito, canta, que si no te doy con la palanca!

NARRADOR: Pero el zurrón no cantaba. Le dio tanta rabia que allí mismo la abrió y entonces los animales saltaron furiosos, le mordieron y le picaron. La vieja echó a correr y desapareció para siempre.

TODOS: Y colorín colorado, este vago cuento se ha acabado.

LOS MÚSICOS DE BREMEN

Antonio Jesús Jurado, Eduardo Lara y José Fernando Pérez



Un hombre tenía un burro que durante largos años había estado llevando sin descanso los sacos al molino y sus fuerzas se iban agotando. El amo pensó en deshacerse de él, pero el burro se dio cuenta y se escapó dirigiéndose hacia la ciudad de Bremen. Podría ganarse la vida como músico callejero.

Se encontró con un perro de caza que estaba tumbado en el medio del camino.

- ¿Por qué jadeas de esa manera, cazadorcillo? -preguntó el burro.

- ¡Ay de mí! -dijo el perro-, soy viejo y cada día estoy más débil y tampoco sirvo ya para ir de caza. Mi amo, ¡ha querido matarme a palos!

- ¿Sabes una cosa? -le dijo el burro-, yo voy a Bremen porque quiero hacerme músico, ¿vienes conmigo?

Al perro le gustó la idea y continuaron juntos el camino. Se encontraron con un gato y parecía un tanto triste.

- Hola, ¿qué es lo que te pasa viejo *atusabigotes*? - preguntó el burro.

- ¿Quién puede estar contento cuando se está con el agua al cuello? - contestó el gato. Como voy haciéndome viejo y mis dientes ya no cortan como antes, mi ama ha querido ahogarme. He conseguido escapar. Pero, ¿a dónde iré?

- Ven con nosotros a Bremen. Puedes dedicarte a la música callejera -dijo el perro.

Los tres fugitivos pasaron delante de una granja donde había un gallo cantando con todas sus fuerzas.

- ¡Kikirikí! ¡Kikirikí!

- ¿Por qué cantas tan fuerte? -preguntó el burro.

- Estoy pronosticando buen tiempo -dijo el gallo-, pero como mañana es domingo y vienen invitados, ¡quieren comerme! ¡Qué indignación!

- Mejor será que te vengas con nosotros a Bremen -dijo el burro-. Tú tienes buena voz. Vente con nosotros para hacer música juntos.

Al gallo le gustó la proposición y los cuatro siguieron el camino juntos.

Pero Bremen estaba lejos y por la noche llegaron a un bosque en el que decidieron quedarse hasta el día siguiente. El perro y el burro se tumbaron en el suelo al lado del gran árbol mientras que el gato y el gallo se subieron al árbol. El gallo miró a los cuatro puntos cardinales y le pareció ver una casa muy cerca de donde se encontraban.

- Levantémonos y vayamos hacia allá pues no estamos en muy buena posada -dijo el burro.

Se pusieron en camino y al fin llegaron ante una guarida de ladrones muy bien iluminada. El burro, que era el más grande, se acercó a la ventana y miró hacia el interior.

- Veo una mesa puesta con buena comida y mucha bebida, y a unos ladrones sentados a su alrededor -dijo el burro.

Entonces se pusieron los animales a deliberar el modo de hacer salir a los ladrones, y al fin, tuvieron una idea.

El burro tendría que alzar sus patas delanteras, el perro saltaría sobre el lomo del burro, el gato treparía sobre el perro y, por último, el gallo volaría hasta ponerse en la cabeza del gato. Empezaron los cuatro juntos a cantar.

- ¡Hioh, hioh! ¡Miau, miau! ¡Guau, guau! ¡Kikirikí, kikirikí! -dijeron al mismo tiempo.

Rompieron los cristales con un gran estruendo y los ladrones se sobresaltaron. Creyendo que era un fantasma, salieron huyendo desaparecidos hacia el bosque.

Entonces los cuatro amigos se sentaron a la mesa, empezaron a comer y a beber como si tuvieran el hambre *muyyyy* atrasada.

Cuando acabaron de comer, los cuatro amigos apagaron la luz y se dedicaron a buscar un cómodo rincón. El burro se tendió sobre el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato se acurrucó sobre la cocina y el gallo se puso en la vigueta más alta. Pasada la media noche, cuando los ladrones vieron que la casa no brillaba y todo les parecía tranquilo, el cabecilla del grupo dijo:

- No nos deberíamos de habernos dejado intimidar.

Los ladrones entraron en la casa y la inspeccionaron. Uno de ellos fue hacia la cocina y vio los ojos del gato, que eran dos ascuas. Parecieron brasas y les acercó unas cerillas para encenderlas. El gato, como no era amigo de las bromas, le saltó en la cara, le escupió y le arañó en toda ella. Entonces, el ladrón aterrorizado, echó a correr y quiso salir por la puerta trasera pero el perro que estaba tumbado allí dio un salto y le mordió en la pierna.

- ¡Ay, ay, ay, cómo duele!

Al ver que no tenía salida por la puerta trasera, pasó por el corral y el burro le dio una buena coz en todo el culete.

- ¡Qué dolor, Dios mío!

Y el gallo, que ya se había despertado con tanto escándalo, empezó a cacarear:

- ¡Kikirikí, kikirikí!

Entonces el ladrón echó a correr con todas sus fuerzas y, al llegar al lugar donde estaba el cabecilla, les dijo a los demás:

- ¡Ay! En la casa se encuentra una bruja, en la puerta un hombre con un cuchillo, en el patio hay un monstruo negro y arriba en el tejado está sentado un juez que gritaba:

- Traerme a ese malhechor. Y entonces salí huyendo jefe.

Desde ese momento, los ladrones no se atrevieron a volver a la casa y los cuatro músicos de Bremen no quisieron abandonarla. Y el último que contó esta historia todavía tiene la boca seca.